

En el camino encontramos muchos viageros que iban á Atenas, para asistir á las grandes Dionisiacas, una de las fiestas mas famosas de aquella ciudad. Ademas de la magnificencia de tales espectáculos, deseaba yo con ansia ver un concurso establecido de largo tiempo entre los poetas, que presentan tragedias, ó comedias nuevas. Llegamos el dia 5 del mes elafebolion*, ocho dias antes que empezasen las fiestas**.

* El primero de abril del año 562 antes de J. C.

** Se presume que las grandes Dionisiacas, ó Dionisiacas de la ciudad, comenzaban el 12 del mes elafebolion. En el año segundo de la olimpiada ciento y cuatro, año de que aquí se trata, cayó el 12 del mes elafebolion en el 8 de abril del año juliano profético 562 antes de Jesucristo.



CAPITULO X.

LEVAS, REVISTA, EJERCICIO DE LAS TROPAS ENTRE

LOS ATENIENSES.

Dos dias despues de nuestra vuelta á Atenas, fuimos á una plaza donde se hacia la leva de las tropas, que habian de ir al Peloponeso; las cuales debian reunirse á las de los Lacedemonios, y algunos otros pueblos, para oponerse, de comun acuerdo, á los proyectos de los Tebanos y sus aliados. Hegeloco, estratega, ó general, estaba sentado en una silla puesta en un sitio alto: cerca de él, un taxiarca, oficial general, tenia el registro en que están puestos todos los

ciudadanos en estado de llevar armas, los cuales deben presentarse á este tribunal. Llamábalos en voz alta, y tomaba nota de los que escogia el general.

Los Atenienses están obligados á servir desde la edad de diez y ocho años hasta los sesenta. Rara vez se emplea á los de mas avanzada edad, y cuando se les destina á servir al salir de la infancia, se tiene cuidado de apartarlos de los peligros mayores. El gobierno fija algunas veces la edad de los que han de tomar las armas, y algunas otras se les saca por suerte.

Están dispensados del servicio los que tienen arrendados los impuestos públicos, y los que representan en los coros de las fiestas de Baco. Solamente en las urgencias muy graves, hacen ir los esclavos, los extranjeros establecidos en la Atica, y los ciudadanos mas pobres, á todos los cuales se les alista rara vez, porque no han hecho juramento de defender la patria, ó porque no tienen ningun interes en defenderla: la ley no ha confiado este cuidado mas que á los ciudadanos que poseen algunos bienes, y los más ricos sirven en calidad de simples soldados. De aquí nace, que la pérdida de una batalla, debilitando las primeras clases de ciudadanos, basta para dar á la última, cierta superioridad, que altera la forma de gobierno.

Tenia la república contratado el dar á los

aliados seis mil hombres entre infanteria y caballería. La mañana siguiente á su alistamiento, se derramaron tumultuosamente por las calles y plazas públicas, vestidos de sus armas: se fijaron sus nombres sobre las estatuas de los diez heroes que dieron el suyo á las diez tribus de Atenas; de suerte que sobre cada estatua se leian los nombres de los soldados de cada tribu.

Algunos dias despues se hizo la revista de las tropas. Fui á ella con Timágenes, Apolodoro, y Filotas; y hallamos allí á Ificrates, á Timoteo, á Focion, Cabrias, y á todos los generales antiguos, y á los del año corriente. Estos últimos habian sido nombrados en la asamblea del pueblo, como era costumbre; y eran diez, uno de cada tribu. Con este motivo me acordé, que Filipo de Macedonia decia en una ocasion: «yo «envidio la dicha de los Atenienses, que todos «los años hallan diez hombres capaces de mandar á sus ejércitos, cuando yo no he encontrado jamas sino á Parmenion para conducir «los míos.»

En otro tiempo turnaban en el mando los diez estrategas. Cada dia mudaba de general el ejército; y en caso de empate en el consejo, el polemenco, uno de los principales magistrados de la república, tenia el derecho de dar su voto. Hoy dia toda la autoridad está por lo ordinario en uno solo, que por su parte está obligado á dar

cuenta de sus operaciones, á no ser que se le haya conferido un poder ilimitado. Los demas generales quedan en Atenas, y casi no tienen que hacer otras funciones que figurar en las ceremonias públicas.

La infantería estaba compuesta de tres clases de soldados: los oplitas ó armados pesadamente; los armados á la ligera; y los peltastas, cuyas armas eran menos pesadas que las de los primeros, y menos ligeras que las de los segundos.

Las armas defensivas de los oplitas eran el casco, la coraza, el escudo, y una especie de botines que cubrían la parte anterior de la perna; y por ofensivas llevaban la pica y la espada.

Los armados á la ligera estaban destinados para lanzar dardos ó flechas; y algunos, piedras, ya con honda, ya con la mano.

Los peltastas llevaban un venablo, y un escudo pequeño, llamado pelta. Los escudos, que eran casi todos de sauce, y tambien de mimbre, estaban adornados de colores, de emblemas, y de inscripciones. Vi uno donde estaban figuradas con letras de oro, estas palabras: A LA BUENA FORTUNA; y otros en que varios oficiales habian hecho pintar símbolos relativos á su caracter y á su gusto. Al pasar, oí á un viejo, que decia al que estaba á su lado: yo fui de aquella desgraciada expedicion de Sicilia, hace ya cincuenta y tres años, en que serví al mando de

Nicias, Alcibiades y Lamaco. Bien habeis oido hablar de la riqueza del primero, del valor y hermosura del segundo: el tercero tenia un esfuerzo capaz de inspirar terror. El oro y la púrpura adornaban el escudo de Nicias; el de Lamaco representaba una cabeza de Gorgona; y el de Alcibiades un amor lanzando el rayo.

Quería yo seguir esta conversacion; pero me interrumpió la llegada de Ificrates, á quien Apolodoro acababa de contar la historia de Timágenes y la mia. Despues de los primeros cumplidos, le dió Timágenes la enhorabuena por las mudanzas que habia introducido en las armas de los oplitas. Todas ellas, respondió Ificrates, eran necesarias: oprimida la falange con el peso de sus armas, ejecutaba con trabajo las evoluciones que se la mandaban, y tenia mas medios para parar los golpes del enemigo, que para dárselos. Una coraza de lienzo ha reemplazado á la de metal; un escudo chico y ligero, á aquellos escudos enormes, que nos quitaban la libertad de la accion, á fuerza de protegernos. La lanza se ha alargado una tercera parte, y la espada una mitad. El soldado ata y desata con mas facilidad su calzado. Yo he querido hacer mas temibles á los oplitas; pues ellos son en el ejército, lo que el pecho en el cuerpo humano. Como Ificrates era naturalmente elocuente, siguió su paralelo, compa-

rando el general á la cabeza, la caballería á los pies, y las tropas ligeras á las manos. Timágenes le preguntó, que por qué no habia adoptado el casco beocio, que cubre el cuello, y baja hasta la coraza. Esta pregunta trajo otras sobre la vestimenta de las tropas, y sobre la táctica de los Griegos y de los Persas. Por mi parte yo preguntaba á Apolodoro muchas cosas sobre varios puntos, que sus respuestas lo darán á conocer.

Sobre los diez estrategas, decía, están los diez taxiarcas, que como los primeros, se nombran todos los años por suerte, y se sacan de cada tribu en la asamblea general. Ellos son los que, bajo las órdenes de los generales, deben proveer al ejército, arreglar y mantener el orden de las marchas, acamparle, mantener la disciplina, y examinar si las armas están en buena disposición. Algunas veces mandan ellos el ala derecha, y otras los envía el general para anunciar una victoria, y dar cuenta de lo que ha pasado en la batalla.

Estando en esto, vimos un hombre vestido con una túnica, que le llegaba á las rodillas, sobre la cual debiera haber puesto la coraza, que traía sobre el brazo con las demas armas. Se acercó al taxiarca de su tribu, junto al cual estábamos nosotros; y este oficial le preguntó: ¿por qué no os poneis vuestra coraza? — A lo

que respondió: el tiempo de mi servicio ha espirado: ayer cuando se pasó la revista, estaba yo labrando mis tierras. Yo estoy puesto en el padron de la milicia que se formó en el arcontado de Calias: ved la lista de los arcontes, y hallareis que desde entonces acá han pasado mas de cuarenta y dos años. Sin embargo, por si mi patria tiene necesidad de mí, he traído mis armas. El oficial verificó el hecho; y despues de haber conferenciado con el general, borró de la lista el nombre de este buen ciudadano, y puso otro en su lugar.

Las plazas de los diez taxiarcas son de aquellas del Estado, que se desean mas poseer que desempeñar. La mayor parte de ellos se dispensan de seguir el ejército, y sus funciones se reparten entre los gefes que el general pone al frente de las divisiones y subdivisiones, los cuales son muchos. Unos mandan ciento veinte y ocho hombres: otros doscientos cincuenta y seis, quinientos y doce, ó mil veinte y cuatro, siguiendo una proporción sin límites subiendo; pero bajando acaba en un término que se puede mirar como el elemento de las diferentes divisiones de la falange. Este elemento es la fila, compuesta algunas veces de ocho hombres, y las mas de diez y seis.

Yo interrumpí á Apolodoro, para enseñarle un hombre, que llevaba una corona en la cabeza

y un caduceo en la mano. Ya he visto pasar muchos de estos, le dije. — Esos son los heraldos, me respondió: su persona es sagrada: ejercen funciones importantes; declaran la guerra, proponen la tregua ó la paz, publican las órdenes del general, pronuncian los mandatos, convocan el ejército, anuncian el momento de la marcha, el sitio á donde se debe ir, y para cuantos dias se han de tomar víveres. Si en el momento del ataque, ó de la retirada, no se oye la voz del heraldo á causa del ruido, se ponen señales: si el polvo no deja verlas, se toca la trompeta: si no sirve ninguno de estos medios, corre un edecan de fila en fila para comunicar las intenciones del general.

En este instante algunos jóvenes que pasaban como relámpagos por junto á nosotros, por poco no atropellan á unos personajes graves, que caminaban lentamente. Los primeros, me dijo Apolodoro, son correos, y los segundos adivinos: dos especies de hombres comunmente empleados en nuestros ejércitos; unos para llevar lejos las órdenes del general, y otros para examinar en las entrañas de las víctimas, si son conformes á la voluntad de los dioses.

De ese modo, repliqué yo, las operaciones de una campaña, penden entre los Griegos, del interes y de la ignorancia de esos falsos intérpretes del cielo. — Muchas veces sucede así, me

respondió. No obstante, si los estableció entre nosotros la supersticion, quizá debe la política mantenerlos. Nuestros soldados son hombres libres, é intrépidos; pero impacientes é incapaces de sufrir la prudente lentitud de un general, que no pudiendo hacer que sea oída la razon, no tiene á veces otro recurso que hacer hablar á los dioses.

Mientras andábamos al rededor de la falange, noté que cada oficial general tenia cerca de sí un subalterno, que nunca se apartaba de él. Ese es su escudero, me dijo Apolodoro; el que está obligado á seguirle en lo recio de la pelea, y guardarle el escudo en ciertas ocasiones. Cada oplita ó pesadamente armado, tiene tambien un criado, que entre otras funciones, ejerce algunas veces la de escudero; pero se cuida de enviarlos al bagage antes del combate. Entre nosotros está anexa la deshonra á la pérdida del escudo, y no á la de la espada y demas armas ofensivas. ¿Y por qué hay esta diferencia? le dije yo. — Para darnos una grande leccion, me respondió: para enseñarnos que debemos pensar menos en derramar la sangre del enemigo, que en impedirle que derrame la nuestra; y que así la guerra debe ser mas bien un estado de defensa, que de ataque.

Pasamos despues al liceo, donde se hacia la revista de caballería, la que mandan, por de-

recho, dos generales, llamados hiparcos, y diez gefes particulares, llamados filarcos, sacados por suerte todos los años en la asamblea de la nacion.

Algunos atenienses se alistán de corta edad en este cuerpo, como casi todos los demas lo están en la infanteria. No se compone más que de mil y doscientos hombres. Cada tribu da un contingente de ciento y veinte con el gefe que debe mandarlos. Comunmente se arregla el número de esta tropa, por el número de los oplitas; y esta proporcion, que varía segun las circunstancias, es ordinariamente de uno á diez, es decir, que se juntan doscientos caballos á dos mil oplitas.

No hace mas de un siglo, me decia Apolodoro, que se ve caballeria en nuestros ejércitos. La de Tesalia es numerosa, porque el pais abunda en pastos; pero los demas paises de la Grecia son tan secos, tan estériles, que es dificultosísimo criar en ellos caballos: así es que los ricos solamente sirven en la caballeria, y de aquí nace la consideracion que goza este servicio. Nadie puede ser admitido sin obtener el beneplácito de los generales, de los gefes particulares, y sobre todo, del senado, que cuida particularmente de la conservacion y brillantez de un cuerpo tan distinguido, y asiste á la inspeccion de los nuevos soldados.

Se presentaron delante de él con el casco, la coraza, el escudo, la espada, la lanza, ó el dardo, un manto corto, etc. Mientras se examinaban sus armas, Timágenes, que habia hecho un estudio particular de lo que concierne al arte militar, nos decia: una coraza muy ancha ó muy estrecha, viene á ser un peso ó un lazo insufrible. El casco debe estar hecho de manera que pueda el ginete cubrirse hasta la mitad de la cara, cuando lo necesite. Sobre el brazo izquierdo se debe poner la armadura nuevamente inventada, la que extendiéndose y doblándose fácilmente, cubre toda aquella parte del cuerpo, desde el hombro hasta la mano: sobre el brazo derecho se ponen brazaes de cuero, ó planchas de bronce; y en ciertos parages piel de becerro, de manera que estos medios defensivos no estorben los movimientos. Las piernas y los pies los preservarán las botas de cuero con espuelas. Hay motivo para preferir en la caballeria el sable á la espada. En lugar de esas lanzas largas, quebradizas y pesadas, que veis en las manos de los mas de ellos, sería mejor usar de dos picas pequeñas de madera de serval bravío, una para arrojarla y otra para defenderse. La frente y pechos del caballo estarán defendidos con armaduras particulares; los costados y el vientre con cubiertas que se ponen sobre el lomo, y sobre las cuales montará el ginete.

Aunque los caballeros atenienses no hubiesen tomado todas las precauciones que acababa de indicar Timágenes, quedó muy satisfecho del modo con que estaban armados. Los senadores y los oficiales generales licenciaron á algunos, que no parecian bastante robustos, y reprendieron á otros de no tener cuidado de sus armas. Despues se examinó si los caballos se dejaban montar fácilmente, si eran dóciles al freno, y capaces de fatiga; si eran espantadizos, muy fogosos ó muy tardos. Fueron desechados muchos, y para excluir para siempre los viejos y enfermizos, los marcaron con un hierro ardiendo en la quijada.

Durante este examen, vinieron con mucho bullicio los caballeros de una tribu á denunciar al senado un compañero suyo, que algunos años antes, estando en el combate, se habia pasado de la infantería á la caballería sin la aprobacion de los gefes. La falta era pública, la ley terminante; y así fué condenado á aquella especie de infamia, que priva al ciudadano de la mayor parte de sus derechos.

En la misma deshonra incurre el que se niega á servir, y se le obliga á ello por medio de los tribunales. Tambien está anexa al soldado que huye á vista del enemigo, ó que, para evitar sus golpes, se pone en una fila, ó cuerpo menos expuesto. En todos estos casos, el reo no debe

asistir ni á la asamblea general, ni á los sacrificios públicos; y si lo hace, todo ciudadano tiene derecho para acusarle en justicia. Se le imponen diferentes penas, y si se le condena á una multa, le ponen en prision hasta que la pague.

La traicion se castiga con pena capital; y lo mismo la desercion, porque desertar, es hacer traicion al Estado. El general tiene la facultad de poner en un grado inferior, y aun de sujetar á las funciones mas viles, al oficial que no obedece, ó se deshonorra.

Unas leyes tan severas, dije yo entonces, mantendrán sin duda el honor y la subordinacion en vuestros ejércitos. Apolodoro me respondió: el Estado que no protege sus leyes, deja de ser protegido de ellas. La mas esencial de todas, la que obliga á todo ciudadano á defender su patria, se viola indignamente cada dia. Los mas ricos se alistán en la caballería, y se dispensan del servicio, ya sea por contribuciones voluntarias, ó ya sustituyendo un hombre, á quien dan su caballo. Muy pronto no se hallarán atenienses en nuestros ejércitos. Ayer visteis alistar un corto número de ellos, que se les acaba de asociar á mercenarios, á quienes no nos avergonzamos de confiar la salud de la patria. Hace algun tiempo que en la Grecia se levantan gefes atrevidos, que despues